

¡Vamos a escribir!

Escribir es ver, recordar e imaginar



Coordinación académica
Maricela Patricia Rocha Jaime

Autoría
Adriana Leticia Bautista Vargas

Revisión técnica
Lourdes Aravedo Reséndiz
Lilia Mabel Encinas Sánchez
Margarita Palacios Sierra
Águeda Saavedra Rodríguez

Coordinación gráfica
y cuidado de la edición
Greta Sánchez Muñoz
Adriana Barraza Hernández

Seguimiento editorial
Carmen Cano Aguilar

Revisión editorial
Águeda Saavedra Rodríguez

Diseño gráfico
Ma. Guadalupe Pacheco Marcos

Formación
Norma García Manzano

Ilustración
Cristina Niizawa

Ilustración de portada
Alma Rosa Pacheco Marcos

¡Vamos a escribir! Antología. D.R. © Instituto Nacional para la Educación de los Adultos, INEA.
Francisco Márquez 160, Col. Condesa, México, D.F., C.P. 06140. Primera edición 2005.

Esta obra es propiedad intelectual de su autora y los derechos de publicación han sido legalmente transferidos al INEA.

Prohibida su reproducción parcial o total, por cualquier medio, sin la autorización por escrito de su legítimo titular de derechos.

ISBN Obra completa, *Modelo Educación para la Vida y el Trabajo*: 970-23-0274-9

ISBN *¡Vamos a escribir!* Antología: 970-23-0557-8

Impreso en México.

Índice

Presentación	5
La poesía	7
Curiosidades... ..	8
Nocturno	10
Lo Cotidiano	11
El sueño de la inocencia	12
Horal	13
La llorona	14
El cuento	23
Curiosidades... ..	25
El eclipse	27
La Migala	29
La voz del enemigo	31
Simulacro II	34
La novela	43
Curiosidades... ..	45
El ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha ..	46
Marianela	50
Cien años de soledad	56
La caverna	61
Los de abajo	65

Presentación

Presentación

Este material le ofrece una recopilación de obras literarias que lo llevarán hacia mundos no explorados, a través de la imaginación que ellas despiertan al leerlas.

En la literatura existen varios géneros de los cuales tres son los más conocidos: poesía, cuento y novela. A través de éstos, el mundo ha conocido países, personas, tiempos y hasta épocas que ni siquiera han existido.

En cada uno de los apartados: La poesía, El cuento y La novela encontrará una sección de Curiosidades..., donde localizará información novedosa que puede ser de su interés para conocer el mundo literario.

También incluye una sección de análisis de las lecturas, la cual consta de dos partes: la primera es para que usted manifieste su sentir después de leer un texto literario, pues las emociones son una parte esencial de este tipo de obras la segunda parte es para que reflexione sobre la estructura y los componentes de cada texto, con el fin de que usted también se anime a convertirse en autor.

Al final de cada apartado encontrará una propuesta de cómo elaborar un texto literario propio. Lo invitamos a que lo siga paso a paso y a que deje volar su imaginación para crear sus textos. Al final, obtendrá una gran satisfacción al tener un producto propio, en el que no debe olvidar escribir su nombre.

¡Conviértase en autor y forme parte de una actividad artística que ha marcado a muchas personas!



La poesía

En este apartado usted leerá, sentirá, interpretará y creará un poema, ya que la poesía es parte de la cultura literaria del ser humano. Asimismo, conocerá las características de este género literario, con el fin de que usted llegue a escribir un poema propio y así ensayar a ser un escritor o escritora, que interpreta el mundo con originalidad.

Este género literario es uno de los más reconocidos para expresar sentimientos, estados de ánimo o puntos de vista acerca de diversos temas de la vida real.

La poesía puede considerarse como una de las artes más antiguas y difundidas. Originalmente se encontraba unida a la música en la canción; después se fue independizando y el ritmo propiamente musical fue sustituido por el ritmo y la rima.

Leer un poema no siempre es asunto sencillo, pues no existe una interpretación única, ya que el lector es el que determina el significado. Por ello, se hace una invitación para que usted conozca algunos poemas y trate de descubrir lo que el poeta expresó. Para enriquecer la experiencia, busque, consulte y lea comentarios literarios que puedan dar cuenta de diversas interpretaciones.

► Reflexione.

- ¿Qué tipo de poesía ha leído?
- ¿Cuál es el poema que más le agrada?
- ¿Qué poetas conoce usted?
- ¿Qué es lo que más le ha llamado la atención de un poema?
- ¿Usted ha escrito algún poema? ¿En qué ocasión?
- ¿Qué poema o poemas le gustaría leer?

Curiosidades...

¿Ha observado que...

en el billete de cien pesos aparece un poema del gran Nezahualcóyotl? El poema dice así:

Amo el canto del zenzontle
pájaro de cuatrocientas voces
amo el color del jade
y el enervante perfume de las flores
pero amo más a mi hermano el hombre.



Algo muy interesante es que...

La letra de nuestro Himno Nacional se la debemos al famoso poeta Manuel Carpio, no porque él la haya escrito, sino porque participó como miembro del jurado que premió a Francisco González Bocanegra, como ganador del concurso en 1854.

Nuestro himno cumplió 150 años el 15 de septiembre de 2004.



Algo muy curioso es que...

hay poemas que se han hecho también canciones, entre ellas está el siguiente de Renato Leduc en el que el autor se planteó como reto escribir un poema en el que todos los versos terminaran con la palabra “tiempo”:

*Sabia virtud de conocer el tiempo;
a tiempo amar y desatarse a tiempo;
como dice el refrán: dar tiempo al tiempo...
que de amor y dolor alivia el tiempo.*

*Aquel amor a quien amé a destiempo
martirizóme tanto y tanto tiempo
que no sentí jamás correr el tiempo.
tan acremente como en ese tiempo.*

Otro de esos poemas es el de Antonio Machado, del cual ofrecemos el siguiente fragmento:

*Todo pasa y todo queda,
pero lo nuestro es pasar,
pasar haciendo caminos,
caminos sobre la mar.*



Nocturno

I

¡Pues bien! Yo necesito
decirte que te quiero,
decirte que te adoro
con todo el corazón;
que es mucho lo que sufro,
que es mucho lo que lloro,
que ya no puedo tanto,
y al grito en que te imploro
te imploro y te hablo en nombre
de mi última ilusión.

IV

Comprendo que tus besos
jamás han de ser míos,
comprendo que en tus ojos
no me he de ver jamás;
y te amo, y en mis locos
y ardientes desvaríos
bendigo tus desdenes,
adoro tus desvíos,
y en vez de amarte menos
te quiero mucho más.

VI

Y luego que ya estaba
concluido tu santuario,
tu lámpara encendida,
tu velo en el altar;
el sol de la mañana
detrás del campanario,
chispeando las antorchas,
humeando el incensario,
¡y abierta allá a lo lejos
la puerta del hogar...!

VIII

¡Figúrate qué hermosas
las horas de esa vida!
¡Qué dulce y bello el viaje
por una tierra así!
Y yo soñaba en eso,
mi santa prometida,
y al delirar en eso
con el alma estremecida,
pensaba yo en ser bueno
por ti, nomás por ti.

Manuel Acuña¹

¹ Manuel Acuña. Poeta mexicano nacido en Saltillo (1849-1873), reconocido por sus poemas satíricos y amorosos; también escribió dos obras de teatro: *El pasado*, un ensayo en drama, y *Donde las dan las toman*, las cuales se perdieron después de su muerte. Se suicidó en la Ciudad de México, dejando una carta para su amigo, el poeta Juan de Dios Peza, y el poema anterior dedicado a su musa, llamada Rosario.

Lo cotidiano

Para el amor no hay cielo, amor, sólo este día;
 este cabello triste que se cae
 cuando te estás peinando ante el espejo.
 Esos túneles largos
 que se atraviesan con jadeo y asfixia;
 las paredes sin ojos,
 el hueco que resuena
 de alguna voz oculta y sin sentido.

Para el amor no hay tregua, amor.
 La noche se vuelve, de pronto, respirable.
 Y cuando un astro rompe sus cadenas
 y lo ves zigzaguear, loco, y perderse,
 no por ello la ley suelta sus garfios.
 El encuentro es a oscuras. En el beso
 se mezcla el sabor de las lágrimas.
 Y en el abrazo ciñes
 el recuerdo de aquella orfandad,
 de aquella muerte.

Rosario Castellanos²



² Rosario Castellanos. Poeta mexicana nacida en la Ciudad de México (1925-1974), estudió la licenciatura y la maestría en la Universidad Nacional Autónoma de México, donde también fue profesora en la Facultad de Filosofía y Letras. Obtuvo diversos premios, entre ellos el Sor Juana Inés de la Cruz, por su libro *Oficio de tinieblas*. Su obra ha sido incluida en diversas antologías y traducida a varios idiomas.

El sueño de la inocencia

Soñé que comulgaba, que brumas espectrales
envolvían mi pueblo, y que Nuestra Señora
me miraba llorar y anegar su Santuario.

Tanto lloré, que al fin mi llanto rodó afuera
e hizo crecer las calles como en un temporal;
y los niños echaban sus barcos papeleros,
y mis paisanas, con la falda hasta el huesito,
según se dice en la moda de la provincia,
cruzaban por mi llanto con vuelos insensibles,
y yo era ante la Virgen, cabizbaja y benévola,
el lago de las lágrimas y el río del respeto...

Casi no he despertado de aquella maravilla
que enlazara mis Últimos óleos con mi Bautismo;
un día quise ser feliz por el candor,
otro día, buscando mariposas de sangre,
mas revestido ya con la capa de polvo
de la santa experiencia, sé que mi corazón,
hinchado de celestes y rojas utopías,
guarda aún su inocencia, su venero de luz:
¡el lago de las lágrimas y el río del respeto!



Ramón López Velarde³

³ Ramón López Velarde. Poeta mexicano nacido en Zacatecas (1888-1921), comenzó a escribir en 1900. En 1921 escribió *La suave patria*, uno de sus trabajos más reconocidos internacionalmente. Sus poesías fueron reunidas en el libro *El son del corazón*.

Horas

El mar se mide por olas
el cielo por alas
nosotros por lágrimas.

El aire descansa en las hojas,
el agua en los ojos,
nosotros en nada.

Parece que sales y soles,
nosotros y nada...

Jaime Sabines⁴



⁴ Jaime Sabines. Poeta mexicano nacido en Tuxtla Gutiérrez (1926-1999), escritor que nació sabiendo su oficio. Su poesía es reconocida como una de las más singulares, más anarquistas, más rebeldes, más considerables de nuestro tiempo.

La llorona

Pálido de terror contar oía
 cuando era niño yo, niño inocente,
 que dio la muerte un hombre delincuente
 en mi pueblo a su esposa Rosalía.

Y desde entonces en la noche umbría
 oye temblando la asustada gente
 tristes quejidos de mujer doliente,
 quejidos como daba en su agonía.

Por algún rato su lamento cesa;
 mas luego se desata en largo llanto,
 y sola por las calles atraviesa.

A todos llena de mortal espanto,
 y junto al río en la tiniebla espesa
 se va llorando, envuelta en su manto.

Manuel Carpio⁵




 Salías del templo un día Llorona
 cuando al pasar yo te vi...


 Dicen que el primer amor
 ¡ay! Llorona es grande
 y es verdadero...


 Tápame con tu rebozo
 llorona porque me
 muero de frío...


 Dos besos llevo en el alma,
 llorona, que no se apartan
 de mí...


 Aunque la vida me
 cueste, llorona, no dejaré
 de quererte...

⁵ Manuel Carpio. Poeta mexicano nacido en Cosamaloapan, Veracruz (1791-1860), fue médico, maestro y poeta; siempre se preocupó por ayudar a sus semejantes. Los temas principales de sus poesías fueron dos: los pasajes de la Biblia y la nostalgia por la provinciana tierra natal.

► Elija y lea uno de los poemas anteriores, después conteste.

¿Por qué eligió el poema?

¿Qué sintió al leerlo?

¿En qué tiempo y lugar se imagina la situación expresada en el poema?

¿Quién cree que lo haya inspirado?

► Revise el poema con base en las siguientes preguntas.

¿Cuál es el título del poema que eligió?

¿Quién es el autor del poema?

¿De quién se habla, es decir, quién es el o la inspiradora del poema?

¿Qué situación o sentimiento expresa el poema? ¿Por qué?

¿Hay algunas palabras que riman en los versos? Por ejemplo: **verso-esfuerzo**. ¿Cuáles? Escriba algunos ejemplos.

¿Los sentimientos que a usted le provocó el poema son parecidos a los que expresa el poeta?

Sí No ¿Por qué?

► Vaya al Libro del adulto y resuelva las actividades correspondientes al tema 4 de la Unidad I.

- ▶ Después de haber realizado el o los juegos correspondientes a poemas, reflexione acerca de las características de la poesía. Conteste.

¿Cuáles diría usted que son las características principales de los poemas?

¿Cómo describiría usted este texto literario?

- ▶ Las siguientes palabras forman parte de la primera poesía que se presenta en el Folleto *Juegos literarios*. Escriba el significado que corresponde en relación con lo que se encuentra en todo el texto.

alabastros	<hr/>
reciedumbre	<hr/>
idilio	<hr/>
enhiesta	<hr/>
inerte	<hr/>



- ▶ Busque en el diccionario los significados de las palabras anteriores para tener una mejor comprensión del poema. Escríbalos a continuación:

alabastros	_____
reciedumbre	_____
idilio	_____
enhiesta	_____
inerte	_____

- ▶ Reflexione.

¿Qué diferencias y similitudes encuentra entre los significados que usted escribió y los del diccionario?

¿Por qué cree que es importante darle un significado a las palabras de acuerdo con todo lo que las rodea, es decir, en contexto, en el poema completo?



► Escriba ahora un poema. Siga los pasos que a continuación se le presentan.

- Observe las dos listas de palabras.

Mamá	Río
Hermano	Mar
Hermana	Árbol
Primo	Piedra
Papá	Nube
Abuela	Sol
Tía	Estrella
Abuela	Luna
Sobrina	Águila
Comadre	Flor
Amiga	Montaña

- Elija a alguna de las personas que se mencionan en esta lista o a alguien por quien tenga un sentimiento positivo. Por ejemplo, doña Elena eligió a su hermano, porque desde niños siempre se han apoyado.
-
-

- Ahora revise la lista de la derecha y decida con cuál de estas palabras relaciona a esa persona. Esta lista está integrada por diversos elementos de la naturaleza. A veces, al pensar en una persona, asociamos alguna imagen. Doña Elena asoció a su hermano con un árbol.

¿Con qué imagen relaciona usted a la persona elegida?

- Ahora escriba las cualidades del objeto seleccionado de la lista de la derecha. Escriba varias oraciones.

- Lea lo que doña Elena se imaginó y escribió:

El árbol tiene unas raíces firmes que llegan muy al fondo en la tierra.
Tiene un tronco grueso y firme que se ve áspero por fuera.
Sus ramas quieren llegar al cielo,
sus hojas se dejan acariciar por el viento.
Las naranjas que produce son dulces y jugosas.
Muchas flores crecen cerca de él.

- Ahora dé forma a su poema. Revise cómo algunas cualidades que encontró para el objeto, también las comparte la persona que eligió. Cuando tenga un primer borrador, muéstrselo a una persona cercana para que le dé sus comentarios.

- Después haga las correcciones que considere convenientes. Finalmente, sólo dé un paso más y entregue el poema a la persona que eligió.
- Lea el siguiente poema que doña Elena escribió y regaló a su hermano:

Mi hermano Ricardo es como un naranjo.
Tiene raíces firmes
que llegan muy al fondo de la tierra.
Su tronco es grueso, firme
y con muchos zurcos.
Puede ser que por esto
algunos piensen que es áspero.
Yo sé que su madera es buena.
Me gusta que sus ramas quieren llegar al cielo y
que sus hojas se dejan acariciar por el viento.
El fruto que nos da son las naranjas
y me gustan mucho porque son dulces y jugosas.
Además, en primavera nos regala flores,
y con sus hojas
todos en la familia nos preparamos té.
Éste es mi hermano
y yo lo quiero mucho.



► Si usted está en una Plaza comunitaria, puede realizar algunas de las siguientes actividades:

- Acuda a la biblioteca y localice el libro *Lecturas de poesía clásica. De la Edad Media al siglo XIX*, de Francisco Serrano (sel.) y disfrute de algunos poemas en español que han destacado.
- Si en la Plaza cuentan con Internet, busque al autor que más le haya gustado y revise algunos de sus poemas. Para hacerlo:
 - Abra la página de algún buscador: **www.google.com** **www.cervantesvirtual.com** y escriba el nombre del autor; puede ser completo o sólo el apellido; después presione la tecla Enter o Intro del teclado.
 - Presione sobre alguna de las opciones que la página le ofrecerá y navegue en ella para conocer más acerca de ese autor y otros más.
 - Si desea conservar alguno de los poemas, seleccione el texto, cópielo y péguelo en un documento del procesador de texto. Posteriormente, guarde su documento poniéndole el nombre que usted decida.
 - Cierre la página cuando haya concluido su consulta.
- También puede ingresar a la siguiente página de Internet, para vivir la experiencia de crear literatura en línea:
www.conevyt.org.mx/actividades/cuento/index.html

► Regrese al Libro del adulto para concluir la Unidad I.

El cuento

En este apartado usted podrá recrearse con las historias que más nos han gustado a lo largo del tiempo.

El cuento narra historias o anécdotas sobre una situación ficticia, la mayoría de las veces se caracteriza por ser breve y, a diferencia de la novela, en el cuento aparecen menos personajes. Se podría decir que la característica principal es su final, pues éste por lo regular es sorpresivo. Julio Cortázar decía que el final de un cuento debe ser para el lector como el *knock out* para el boxeador. Sin embargo, éste no debe ser impuesto a la fuerza, ya que destruye otras buenas acciones en un cuento.

El término “cuento” se emplea comúnmente para designar diversos tipos de narraciones breves, como el relato fantástico, el cuento infantil o el cuento folclórico o tradicional.



En el cuento, la historia es transmitida por un narrador, el cual puede aparecer en primera persona, por ejemplo cuando el que habla es alguno de los personajes (...*atravesamos el campo y observé que todos nos sentíamos perdidos...*); en tercera persona, cuando quien narra la historia es un testigo o una tercera persona que conoce todo lo que sucedió (...*él sabía que había encontrado la solución, pero temió que alguien más llegara primero...*), o bien, cuando el autor asume el papel de narrador (...*mi vida había sido un completo desastre, por eso me desahogué comenzando la escritura de este diario...*).

La diversidad de temas en los cuentos es muy amplia, por ejemplo: cuentos infantiles, de misterio, de ciencia ficción, de amor, educativos, entre otros. Todo cuento es la interpretación personal de una situación determinada, es la forma personal en que un autor interpreta un hecho.

Los lectores participamos en estas interpretaciones por medio de la lectura. Leer un cuento siempre implica transportarse hacia otro lugar para convivir con personajes creados por un autor y conocer las actitudes de esos personajes, sus pensamientos y sentimientos e involucrarse en una situación que no sabemos en qué puede terminar.



► Reflexione sobre las siguientes preguntas.

- ¿Cuál es el o los cuentos que más recuerda?
- ¿Qué es lo que más le gustaba de los cuentos?
- ¿Actualmente lee algún tipo de cuento?
- ¿Para usted qué es lo más atractivo de los cuentos, cuando se transmiten de manera oral?

Curiosidades...

Algo muy interesante es que...

el excelente cuentista Juan José Arreola fue también actor de teatro y trabajó junto con Rodolfo Usigli y Xavier Villaurrutia.



¿Conoce usted el siguiente cuento?

Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí.

Aunque usted no lo crea, éste es un cuento. ¿Le gustó? Su autor es Augusto Monterroso. Este cuento es considerado el relato más breve de la literatura universal.



Algo muy interesante es que...

Rigoberta Menchú, ganadora del Premio Nobel de la Paz en 1992, es autora de cuentos infantiles dedicados a los niños indígenas, donde ubica a sus personajes en entornos cercanos y reales como lagos, bosques, entre otros; y no en mundos imaginarios como castillos, reinos, príncipes, etcétera.



El eclipse

Cuando fray Bartolomé Arrazola se sintió perdido aceptó que ya nada podría salvarlo. La selva poderosa de Guatemala lo había apresado, implacable y definitiva. Ante su ignorancia topográfica se sentó con tranquilidad a esperar la muerte. Quiso morir allí, sin ninguna esperanza, aislado, con el pensamiento fijo en la España distante, particularmente en el convento de Los Abrojos, donde Carlos Quinto condescendiera una vez a bajar de su eminencia para decirle que confiaba en el celo religioso de su labor redentora.

Al despertar se encontró rodeado por un grupo de indígenas de rostro impasible que se disponían a sacrificarlo ante un altar, un altar que a Bartolomé le pareció como el lecho en que descansaría, al fin, de sus temores, de su destino, de sí mismo.

Tres años en el país le habían conferido un mediano dominio de las lenguas nativas. Intentó algo. Dijo algunas palabras que fueron comprendidas.

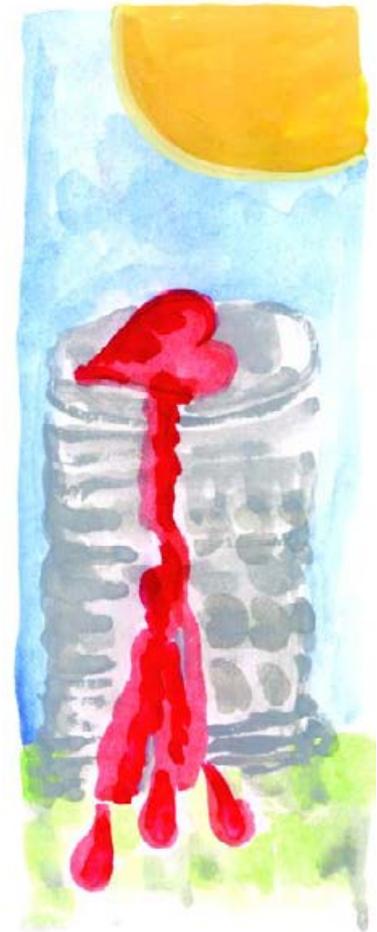


Entonces floreció en él una idea que tuvo por digna de su talento y de su cultura universal y de su arduo conocimiento de Aristóteles. Recordó que para ese día se esperaba un eclipse total de sol. Y dispuso, en lo más íntimo, valerse de aquel conocimiento para engañar a sus opresores y salvar la vida.

—Si me matáis les dijo— puedo hacer que el sol se oscurezca en su altura.

Los indígenas lo miraron fijamente y Bartolomé sorprendió la incredulidad en sus ojos. Vio que se produjo un pequeño consejo, y esperó confiado, no sin cierto desdén.

Dos horas después el corazón de fray Bartolomé Arrazola chorreaba su sangre vehemente sobre la piedra de los sacrificios (brillante bajo la opaca luz de un sol eclipsado), mientras uno de los indígenas recitaba sin ninguna inflexión de voz, sin prisa, una por una, las infinitas fechas en que se producirían eclipses solares y lunares, que los astrónomos de la comunidad maya habían previsto y anotado en sus códices sin la valiosa ayuda de Aristóteles.



Augusto Monterroso¹

¹ Augusto Monterroso (1921-2002), nació en Tegucigalpa, Honduras y se nacionalizó guatemalteco. Después fijó su residencia en México por motivos políticos. En 1959 empieza a publicar sus primeras obras. En 2000 fue galardonado con el Premio Príncipe de Asturias de las Letras en su vigésima edición, en reconocimiento a la “extraordinaria riqueza ética y estética” de su obra.

La Migala

La migala discurre libremente por la casa, pero mi capacidad de horror no disminuye.

El día en que Beatriz y yo entramos en aquella barraca inmunda de la feria callejera, me di cuenta de que la repulsiva alimaña era lo más atroz que podía depararme el destino. Peor que el desprecio y la conmiseración brillando de pronto en una clara mirada.

Unos días más tarde volví para comprar la migala, y el sorprendido saltimbanqui me dio algunos informes acerca de sus costumbres y su alimentación extraña. Entonces comprendí que tenía en las manos, de una vez por todas, la amenaza total, la máxima dosis de terror que mi espíritu podía soportar. Recuerdo mi paso tembloroso, vacilante, cuando de regreso a la casa sentía el peso leve y denso de la araña, ese peso del cual podía descontar, con seguridad, el de la caja de madera en que la llevaba, como si fueran dos pesos totalmente diferentes: el de la madera inocente y el del impuro y ponzoñoso animal que tiraba de mí como un lastre definitivo. Dentro de aquella caja iba el infierno personal que instalaría en mi casa para destruir, para anular al otro, el descomunal infierno de los hombres.

La noche memorable en que solté a la migala en mi departamento y la vi correr como un cangrejo y ocultarse bajo un mueble, ha sido el principio de una vida indescriptible. Desde entonces, cada uno de los instantes de que dispongo ha sido recorrido por los pasos de la araña, que llena la casa con su presencia invisible.

Todas las noches tiemblo en espera de la picadura mortal. Muchas veces despierto con el cuerpo helado, tenso, inmóvil, porque el sueño ha creado para mí, con precisión, el paso cosquilleante de la araña

sobre mi piel, su peso indefinible, su consistencia de entraña. Sin embargo, siempre amanece. Estoy vivo y mi alma inútilmente se apresta y se perfecciona.

Hay días en que pienso que la migala ha desaparecido, que se ha extraviado o que ha muerto. Pero no hago nada para comprobarlo. Dejo siempre que el azar me vuelva a poner frente a ella, al salir del baño, o mientras me desvisto para echarme en la cama. A veces el silencio de la noche me trae el eco de sus pasos, que he aprendido a oír, aunque sé que son imperceptibles.

Muchos días encuentro intacto el alimento que he dejado la víspera. Cuando desaparece, no sé si lo ha devorado la migala o algún otro inocente huésped de la casa. He llegado a pensar también que acaso estoy siendo víctima de una superchería y que me hallo a merced de una falsa migala. Tal vez el saltimbanqui me ha engañado, haciéndome pagar un alto precio por un inofensivo y repugnante escarabajo.

Pero en realidad esto no tiene importancia, porque yo he consagrado a la migala con la certeza de mi muerte aplazada. En las horas más agudas del insomnio, cuando me pierdo en conjeturas y nada me tranquiliza, suele visitarme la migala. Se pasea embrolladamente por el cuarto y trata de subir con torpeza a las paredes. Se detiene, levanta su cabeza y mueve los palpos. Parece husmear, agitada, un invisible compañero.

Entonces, estremecido en mi soledad, acorralado por el pequeño monstruo, recuerdo que en otro tiempo yo soñaba en Beatriz y en su compañía posible.

Juan José Arreola²

² Juan José Arreola nació en Jalisco, (1918-2002), considerado como un excelente cuentista, maestro de la prosa, tiene una obra de creación relativamente escasa, pero que ha alcanzado numerosas ediciones y ha sido traducida a varios idiomas. Fue miembro del grupo teatral "Poesía en voz alta". Recibió numerosas distinciones, inclusive del gobierno de Francia.

La voz del enemigo

Cuando existía la Ciudad de México yo usaba un hermoso casco amarillo. En lo alto de un poste escuchaba conversaciones telefónicas. El cielo era una maraña de cables; la electricidad vibraba, envuelta en plásticos suaves. De vez en cuando una chispa gorda, azul, caía a la calle. Ese momento me justificaba en el poste. Mi cinturón estaba repleto de herramientas, pero yo prefería unas pinzas cortas, con dientes de perico. Su mordisco corregía la herida, la luz volvía a correr.

Enfrente había un cine; sobre la marquesina se alzaba un castillo de cartón. Al fondo, un edificio encendía sus focos rojos para protegerse de los aviones. Los motores hacían ruido, pero resultaba imposible verlos en el cielo espeso. El Supervisor Eléctrico exigía una oreja atenta a los cables. Los enemigos avanzaban hacia nosotros. Yo no sabía quiénes eran, pero sabía que avanzaban: había que oír llamadas, buscar en ellas algo raro. Una tarde de lluvia, atado al poste, escuché una voz peculiar. La mujer hablaba como si quisiera esconderse; en tono suave, asustado, pronunció "alpiste", "fulgor", "magnolia", "balcón roto". Yo estaba ahí para seguir conversaciones y garantizar que fluyeran sin sorpresas. Oí esas palabras sueltas, que vibraban como una clave insensata. Tenía que denunciarlas, pero no hice nada; dejé que alguien, en otra parte, entendiera lo que a mí se me escapaba.



A los pocos días supe de las palmeras carbonizadas. Los enemigos incendiaron un barrio donde aún quedaban plantas. Fijo en mi poste, ignoraba si la ciudad se dilataba o encogía. A veces las tropas leales hablaban por los cables, entre cornetas y clarines; luego una bomba, la áspera voz de otra milicia. En la esquina de enfrente sucedió algo raro; el casco amarillo no se movió en muchas horas. Traté de avisar que mi colega había muerto; los dedos me sangraron marcando números ocupados. Mientras veía el casco inerte, volví a escuchar las palabras suaves, temerosas: "alcoba", "canela", "estatua".

Imaginé, con minuciosa envidia, que esas palabras significaban un mensaje para otra gente. Para mí sólo eran tristes. Tampoco entonces hablé con el Supervisor Eléctrico.

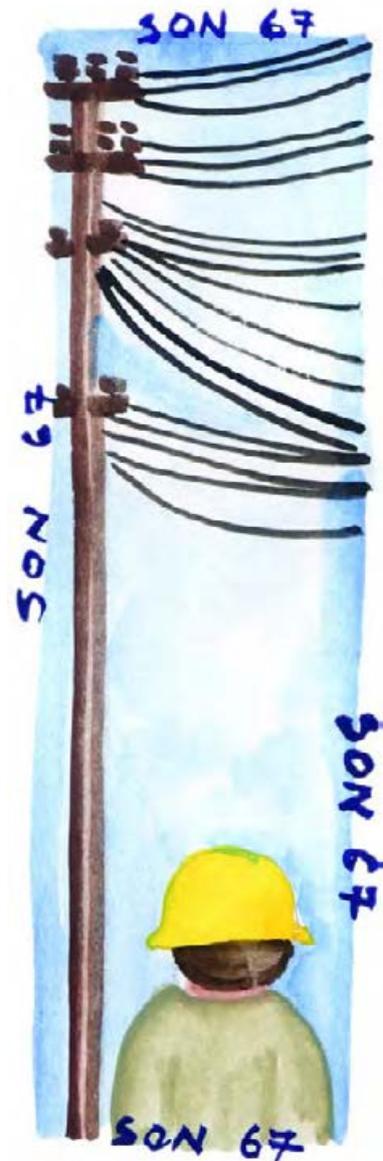
Una madrugada me sacudió una explosión. Abrí la caja de registros; los sensores fotoeléctricos despedían humo pútrido. Encendí mi linterna; me quedaban pilas para unas semanas, pero algo me hizo saber que no duraría tanto en el poste.

El Supervisor decía en sus llamadas: "quien domina los cables domina la Ciudad". Los enemigos habían cortado la luz, el cine ardía en una nube rojiza, pero los teléfonos funcionaban. Oí a la mujer decir "fragancia", "planetas", "caramelos", "piedras lisas". No pude delatarla. Lentamente, con terror, con precisa crueldad, entendí cuán maravillosa era la voz del enemigo.



Debo haber dormido cuando bajaron al colega del poste de enfrente. Luego llegó mi turno; una mano enguantada me jaló por la espalda. Estaba intoxicado de tanto respirar aquel aire maligno y no supe cómo salí de la ciudad incendiada.

Desde hace semanas, tal vez meses, vivo en un cuarto con paredes metálicas. En una computadora me mostraron una foto terrible. Se llama Ciudad de los Palacios y registra el cine con su castillo de cartón, el alto edificio al fondo, los cables que una vez cuidé. "Son 67", dijo la voz de mi captor. Era cierto. Tuve a mi cargo 67 cables y los protegí de nuestros imprecisos enemigos. Durante días indistinguibles de las noches salvé la luz y las llamadas. Sólo una vez dañé un cable a propósito. Ocurrió unos días antes de bajar del poste. De la ciudad sólo quedan fotografías. Si indicara el cable dañado, mis guardianes podrían entrar al laberinto, seguir el hilo hasta otra fotografía, hasta la casa donde vivió esa voz distinta. Frente a mí están los 67 cables que formaron mi vida. Uno de ellos puede llevarlos a la mujer. Sé cuál es. Pero no voy a decirlo.



Juan Villoro³

³ Juan Villoro nació en la Ciudad de México (1956), estudió Sociología en la Universidad Autónoma Metropolitana; obtuvo los premios Cuauhtémoc y Javier Villaurrutia en 1988 y 1999, respectivamente. Escritor de novelas, cuentos, ensayos y crónicas.

Simulacro II

Hacía diez días que girábamos en la órbita lunar. Hacia un lado y hacia otro de la escotilla, solamente divisábamos el intenso, infinito espacio azul universal. No experimentábamos ni calor ni frío. No sentíamos ni hambre ni sed. No padecíamos trastorno o enfermedad alguna. No nos dolían ni los cabellos ni los dientes. No había ni oscuridad ni luz. No hacíamos sombra. Cuando dormíamos no soñábamos. Allí jamás anocheecía no amanecía. Un plenilunio constante. No había ni relojes ni fotografías. No necesitábamos acostarnos ni ponernos de pie. Podíamos dormir o estar despiertos. Nadie se vestía o desvestía.

A los diez días, Silvio me suplicó que le contara alguna historia. Pero yo había perdido la memoria.

—Inventa algo —me imploró. Sin embargo, en la esterilidad del espacio, girando siempre alrededor de la luna, no pude inventar nada.



–Háblame –me dijo, entonces. Yo busqué una palabra que estuviera escrita en alguna parte de la nave y que yo pudiera pronunciar. Fue inútil: las máquinas ya no necesitaban instrucciones: funcionaban solas. No había nada escrito en ninguna parte y que yo pudiera leer. No experimentábamos ni calor ni frío. No sentíamos hambre ni sed. No padecíamos trastorno o enfermedad alguna, no había ni oscuridad ni sombra. Los sonidos eran pequeños, débiles, atenuados. No necesitábamos acostarnos o ponernos de pie. Podíamos dormir o estar despiertos. Nadie se vestía o se desvestía.

Al final, con todo mi esfuerzo, pude pronunciar una palabra:

–Piedad –dije.

Cristina Peri Rossi⁴



⁴ Cristina Peri Rossi nació en Montevideo, Uruguay (1947). Durante la dictadura de su país se vio obligada a exiliarse. Vive en España desde 1972. Estudió Música y Biología y se graduó en Literatura comparada. Ha realizado diversas obras narrativas además de ensayos y traducciones a varios idiomas.

► Elija uno de los cuentos anteriores y conteste.

En pocas palabras, ¿de qué trata el cuento que eligió?

¿Le gustó el cuento elegido? ¿Por qué?

¿El final fue sorprendente para usted? ¿Qué es lo que esperaba?

¿Leyó los demás cuentos o sólo eligió uno? ¿Por qué?

¿Recomendaría el cuento leído? ¿Por qué?

► Analice el cuento con base en las siguientes preguntas.

¿Cuál es el título del cuento?

¿Qué relación tiene el título del cuento con lo que sucede en la historia?

¿Qué personajes aparecen en la historia?

¿Quién narra el cuento: algún personaje, alguien ajeno a la historia, varios personajes?

Según su opinión, ¿cuál es el momento más emocionante o el momento en el que comienza la emoción en el cuento?

► Vaya al Libro del adulto y resuelva las actividades correspondientes al tema 4 de la Unidad 2.

- ▶ Seleccione uno de los cuentos anteriores e identifique las partes que lo componen. Verifique si las siguientes partes coinciden con las que usted planteó. Escríbalas con sus propias palabras.

Planteamiento _____

Nudo _____

Desenlace _____

- ▶ Escriba ahora un cuento, con el siguiente formato que le apoyará.

Planeación de un cuento

El cuento tratará de

Planteamiento	
Situación	Personajes
_____	_____
_____	_____
_____	_____
_____	_____

Nudo

Desenlace

- Tomando como base su planeación del cuento, ahora escríbalo en las líneas que se encuentran abajo.
- La extensión del cuento la determina la propia historia que usted quiera contar, no hay ninguna especificación al respecto.
- Deje salir su creatividad, su imaginación, sus experiencias y ¡a escribir!

- ▶ Antes de compartir su cuento, vuélvalo a leer. Asegúrese de que puede localizar el planteamiento, el nudo y el desenlace. Para ello, marque con una R cada aspecto que haya tenido presente en su cuento.
- ▶ Revise su cuento, empezando por lo más importante:
 - ¿Es claro el nudo de la historia? ¿Es realmente problemático? Es frecuente que contemos historias que no tienen un clímax, sin embargo, esta parte debe estar presente en el desarrollo de su cuento.
 - ¿A qué tipo de lectores cree usted que impactaría el nudo de su historia? ¿Cree que esos lectores puedan comprenderla?
 - ¿Es consecuente la forma en que se resuelve el desenlace? Si su cuento se resuelve “porque sí”, es decir, si no existe una explicación clara de cómo se resolvió el nudo, entonces necesita retrabajar su historia. Por ejemplo, si a Inés la descubren tomando una moneda antigua de la caja de recuerdos de su abuelo, lo más seguro es que esto tenga consecuencias y se explique:

Quando vio la moneda, Inés la tomó entre el pulgar y el índice. La movió para leer lo que decía y disfrutó del reflejo del sol sobre su material metálico. Fue en ese momento cuando su mamá entró. Un tiempo estuvieron en silencio y después Inés tuvo que confesar a su madre por qué tomó la moneda.

En este ejemplo, hay un momento emocionante del cual se sigue contando, paso a paso, lo que sucede.

- ¿Sorprende al lector el desenlace?

▶ Ahora, revise el conjunto de su cuento:

- ¿Están bien descritos los personajes? ¿Un lector podría reconocer a sus personajes si los viera en la calle o en un dibujo?
- ¿Puede mencionar algunos elementos que determinen el carácter de sus personajes?
- ¿Es clara la situación en la que se encuentran? ¿Es posible hacer un dibujo que presente la situación?
- ¿Es lógico que aparezca la situación problemática de su cuento en este entorno?

▶ Revise ahora algunos detalles:

- ¿Son congruentes las formas de actuar de cada personaje con la descripción de su carácter? Por ejemplo, si uno de sus personajes es “José, un hombre tímido”, no es congruente que después José declare su amor en público. Sin embargo, es posible que José se vuelva extrovertido, si algo importante sucede en el nudo de la historia.
- ¿Es congruente la historia? A veces decimos: “Elena llevaba su canasta llena con los platillos que había preparado” y luego decimos: “Recogió el costal que se encontró y se echó a correr”. No es lógico que, si traía la canasta llena, se diga recogió el costal, Elena pudiera literalmente echar a correr. Tendríamos que explicar si dejó la canasta, si el costal era ligero, si intentó correr o si sólo avanzó lo más rápido que pudo.



- ▶ Lea su cuento varias veces. Los escritores profesionales revisan sus textos una y otra vez. Conviértase en un escritor escribiendo y volviendo a escribir sus textos.
- ▶ Ahora, comparta su cuento con otras personas. Puede ser un familiar o un amigo o una amiga. Es importante dejar que las demás personas disfruten de algo que creamos. Puede hacerlo de dos formas: una es dejar que cada persona lea su cuento y otra forma es invitar a dos o tres personas para que reunidas escuchen su lectura en voz alta. Observe las reacciones que las personas tienen en ambos casos.
- ▶ Regrese al Libro del adulto para concluir la Unidad 2.

La novela

En este apartado, usted podrá leer y conocer historias que han dejado huella en nuestra cultura. La novela es una narración en prosa y, al igual que otros géneros literarios, las hay históricas, románticas, de ciencia ficción etcétera.

Algunas novelas son de larga extensión, aunque también hay novelas cortas; pero el número de páginas no debe ser un motivo para decir si la leemos o no, ya que seguramente disfrutaremos al hacerlo y nos permitirá reflexionar sobre los hechos, personajes y paisajes que nos presentan y, al mismo tiempo, sobre nuestras propias vidas.

La novela puede estar basada en hechos verídicos, pero siempre, como todo texto literario, es una interpretación de la realidad. Y esto es así porque el autor incorpora su propia perspectiva e imaginación, aun cuando la trama se desarrolle en espacios o tiempos reales.



Hay muchas novelas que han dejado como legado frases y formas de ser. Por ejemplo, en *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, sus aventuras y personajes han servido de ejemplo para analizar el comportamiento de las personas de todas las épocas y lugares, además de permitirnos conocer aspectos específicos de una sociedad en particular.

En sí, la lectura de una novela siempre implica la interacción de los personajes que nos atrapan y nos comparten sus sentimientos en las diversas situaciones que viven. Por ello, al conocerlas y analizar sus características, hacemos que la literatura forme parte de nosotros mismos.

► Reflexione.

- ¿Qué ha escuchado acerca de las novelas?
- ¿Qué opina usted de las historias de las novelas?
- ¿Cómo cree que sea su lenguaje?, ¿difícil o sencillo?
- ¿Conoce algo de personajes famosos que provengan de novelas como *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*?



Curiosidades...

Algo muy interesante es que...

Ignacio M. Altamirano, además de ser una figura revolucionaria, también fue un reconocido novelista. Se le conoce, entre otras acciones, por ser autor de las novelas *Clemencia*, *El Zarco* y *La Navidad en las montañas*.



Algo muy interesante es que...

los famosos escritores: León Tolstoi, Mark Twain y Virginia Woolf, reconocidos por sus famosas obras literarias, estuvieron oficialmente nominados para ganar el Premio Nobel de Literatura, pero nunca lograron ganarlo.



Algo muy interesante es que...

el reconocido escritor español Miguel de Cervantes Saavedra comenzó a escribir la historia de Don Quijote de la Mancha, cuando se encontraba preso en Sevilla por problemas de manejo de fondos.



Algo muy interesante es que...

la famosa novela de Gabriel García Márquez *Cien años de soledad* inspiró una canción que habla del lugar donde se desarrolla la historia llamado Macondo, título de la canción. La letra pertenece a Camino Diez y la interpretación la realiza Oscar Chávez.



El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha

(Fragmento)
Capítulo VIII

Del buen suceso que el valeroso don Quijote tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice* recordación.

En esto, descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo, y así como don Quijote los vio, dijo a su escudero:

—La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta, o pocos más, desaforados gigantes, con quienes pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer, que ésta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la Tierra.

—¿Qué gigantes? —dijo Sancho Panza.

—Aquéllos que ves —respondió su amo —de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.

—Mire vuestra merced —respondió Sancho —que aquéllos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino.

—Bien parece —respondió don Quijote —que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes; y si tienes miedo, quítate



* Feliz.

de ahí, y ponte en oración en el espacio que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla.

Y diciendo esto, dio de espuelas a su caballo Rocinante, sin atender a las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que, sin duda alguna, eran molinos de viento, y no gigantes, aquéllos que iba a acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oía las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran; antes iba diciendo en voces altas:

—Non fuyades*, cobardes y viles criaturas; que un solo caballero es el que os acomete.

Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron a moverse, lo cual visto por don Quijote, dijo:

—Pues aunque mováis más brazos que los del gigante Briareo, me lo habéis de pagar.



Y diciendo esto, y encomendándose de todo corazón a su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre, arremetió a todo el galope de Rocinante y embistió con el primero molino que estaba delante; y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fue rodando muy maltrecho por el campo. Acudió Sancho Panza a socorrerle, a todo el correr de su asno, y cuando llegó halló que no se podía menear. Tal fue el golpe que dio con el Rocinante.

—¡Válame** Dios! —dijo Sancho —¿No le dije yo a vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento, y que no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza?

*No huyan.

** Válgame.

—Calla, amigo Sancho —respondió don Quijote —que las cosas de la guerra, más que otras, están sujetas a continua mudanza; cuanto más, que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Frestón que me robó el aposento y los libros ha vuelto estos gigantes en molinos por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo, han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada.

—Dios lo haga como puede —respondió Sancho Panza.



Y, ayudándole a levantar, tornó a subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba. Y, hablando en la pasada aventura, siguieron el camino del Puerto Lápice, porque allí decía don Quijote que no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasajero, sino que iba muy pesaroso*, por haberle faltado la lanza; y diciéndoselo a su escudero, le dijo:

—Yo me acuerdo haber leído que un caballero español llamado Diego Pérez de Vargas, habiéndosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo o tronco, y con él hizo tales cosas aquel día, y machacó tantos moros, que le quedó por sobrenombre Machuca, y así él como sus descendientes se llamaron desde aquel día en adelante Vargas y Machuca. Hete dicho esto porque de la primera encina o roble que se me depare pienso desgajar otro tronco, tal y tan bueno como aquél que me imagino; y pienso hacer con él tales hazañas, que tú te tengas por bien afortunado de haber merecido venir a vellas,** y a ser testigo de cosas que apenas podrán ser creídas.

—A la mano de Dios —dijo Sancho; —yo lo creo todo así como vuestra merced lo dice; pero enderécese un poco; que parece que va de medio lado, y debe ser del molimiento de la caída.

* Arrepentido.

** Verlas.

–Así es la verdad –respondió don Quijote; –y si no me quejo del dolor, es porque no es dado a los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se les salgan las tripas por ella.

–Si eso es así, no tengo yo que replicar –respondió Sancho; –pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced se quejara cuando alguna cosa le doliera. De mí sé decir que me he de quejar del más pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende también con los escuderos de los caballeros andantes eso del no quejarse.

No se dejó de reír don Quijote de la simplicidad de su escudero; y así, le declaró que podía muy bien quejarse como y cuando quisiese, sin gana o con ella; que hasta entonces no había leído cosa en contrario en el orden de caballería. Díjole Sancho que mirase que era hora de comer. Respondióle su amo que por entonces no le hacía menester; que comiese él cuando se le antojase. Con esta licencia, se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento*, y sacando de las alforjas lo que en ellas había puesto, iba caminando y comiendo detrás de su amo muy despacio, y de cuando en cuando empinaba la bota, con tanto gusto, que le pudiera envidiar el más regalado bodegonero de Málaga. Y en tanto que él iba de aquella manera menudeando tragos, no se le acordaba de ninguna promesa que su amo le hubiese hecho, ni tenía por ningún trabajo, sino por mucho descanso, andar buscando las aventuras, por peligrosas que fuesen.

Miguel de Cervantes Saavedra¹

Nota: si desea conocer la obra completa, puede leerla en la página electrónica: www.el-mundo.es/quijote/

* Burro.

¹ Miguel de Cervantes Saavedra. España (1547-1616), príncipe de los ingenios españoles y máximo genio de la lengua española. Nació en Alcalá de Henares y murió en Madrid. Alcanzó gloria como soldado en la batalla de Lepanto, acción en la que perdió la mano izquierda, por lo que se le conoce como el Manco de Lepanto. En 1605 apareció en Madrid la primera parte de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, cumbre del castellano y de la novelística de todos los tiempos.

Marianela

(Fragmento)

Capítulo III

Un diálogo que servirá de exposición

—Aguarda, hija, no vayas tan aprisa —dijo Golfín, deteniéndose—; déjame encender un cigarro.

Estaba tan serena la noche, que no necesitó emplear las precauciones que, generalmente, adoptan contra el viento los fumadores. Encendido el cigarro, acercó la cerilla al rostro de la Nela, diciendo con bondad:

—A ver, enséñame tu cara.

Mirábale, asombrada, la muchacha, y sus negros ojuelos brillaron con un punto rojizo, como chispa, en el breve instante que duró la luz del fósforo. Era como una niña, pues su estatura debía contarse entre las más pequeñas, correspondiendo a su talle delgadísimo y a su busto mezquinamente constituido. Era como una jovencuela, pues sus ojos no tenían el mirar propio de la infancia, y su cara revelaba la madurez de un organismo que ha entrado o debido entrar en el juicio. A pesar de esta desconformidad, era admirablemente proporcionada, y su cabeza chica remataba con cierta gallardía el miserable cuerpecillo. Alguien la definía mujer mirada con vidrio de disminución; alguno, como una niña con ojos y expresión de adolescente. No conociéndola, se dudaba si era un asombroso progreso o un deplorable atraso.



—¿Qué edad tienes tú? —preguntó Golfín, sacudiendo los dedos para arrojar el fósforo, que empezaba a quemarle.

—Dicen que tengo dieciséis años —replicó la Nela, examinando a su vez al doctor.

–¡Dieciséis años! Atrasadilla estás, hija. Tu cuerpo es de doce, a lo sumo.

–¡Madre de Dios! Si dicen que yo soy como un fenómeno...manifestó ella en tono de lástima de sí misma.

–¡Un fenómeno! –repitió Golfín, poniendo su mano sobre los cabellos de la chica–. Podrá ser. Vamos, guíame.

Comenzó a andar la Nela resueltamente sin adelantarse mucho, antes bien, cuidando de ir siempre al lado del viajero como si apreciara en todo su valor la honra de tan noble compañía. Iba descalza: sus pies ágiles y pequeños denotaban familiaridad consuetudinaria con el suelo, con las piedras, con los charcos, con los abrojos. Vestía una falda sencilla, y no muy larga, denotando en su rudimentario atavío, así como en la libertad de sus cabellos sueltos y cortos, rizados con nativa elegancia, cierta independencia más propia del salvaje que del mendigo. Sus palabras, al contrario, sorprendieron a Golfín por lo recatadas y humildes, dando indicios de un carácter formal y reflexivo. Resonaba su voz con simpático acento de cortesía, que no podía ser hijo de la educación; sus miradas eran fugaces y momentáneas, como no fueran dirigidas al suelo o al cielo.



–Dime –le preguntó Golfín–, ¿vives tú en las minas? ¿Eres hija de algún empleado de esta posesión?

–Dicen que no tengo padre ni madre.

–Pobrecita! Tú trabajarás en las minas...

–No, señor. Yo no sirvo para nada –replicó sin alzar del suelo los ojos.

—Pues a fe que tienes modestia.

Teodoro se inclinó para mirarle el rostro. Éste era delgado, muy pecoso, todo salpicado de manchitas parduscas. Tenía pequeña la frente, picudilla y no falta de gracia la nariz, negros y vividores los ojos; pero, comúnmente, brillaba en ellos una luz de tristeza. Su cabello, dorado oscuro, había perdido el hermoso color nativo a causa de la incuria de su continua exposición al aire, al sol y al polvo. Sus labios apenas se veían de puro chicos, y siempre estaban sonriendo, mas aquella sonrisa era semejante a la imperceptible de algunos muertos cuando han dejado de vivir pensando en el cielo. La boca de la Nela, estéticamente hablando, era desabrida, fea; pero quizá podía merecer elogios, aplicándole el verso de Polo de Medina:

Es tan linda tu boca, que no pide.

En efecto, ni hablando ni mirando ni sonriendo revelaba aquella miserable el hábito degradante de la mendicidad.

Golfín le acarició el rostro con su mano, tomándolo por la barba y abarcándolo casi todo entre sus gruesos dedos.

—¡Pobrecita! —exclamó, —Dios no ha sido generoso contigo. ¿Con quién vives?

—Con el señor Centeno, capataz de ganado en las minas.

—Me parece que tú no habrás nacido en la abundancia. ¿De quién eres hija?

—Dicen que mi madre vendía pimientos en el mercado de Villamojada. Era soltera. Me tuvo un día de difuntos, y después se fue a criar a Madrid.

–¡Vaya con la buena señora! –murmuró Teodoro con malicia. –Quizá no tenga nadie noticia de quién fue tu papá.

–Sí, señor –replicó la Nela, con cierto orgullo. –Mi padre fue el primero que encendió las luces de Villamojada.

–¡Cáspita!

–Quiere decir que cuando el Ayuntamiento puso por primera vez faroles en las calles –dijo, como queriendo dar a su relato la gravedad de la historia–, mi padre era el encargado de encenderlos y limpiarlos. Yo estaba ya criada por una hermana de mi madre, que era también soltera, según dicen. Mi padre había reñido con ella... Dicen que vivían juntos..., todos vivían juntos..., y cuando iba a farolear me llevaba en el cesto, junto con los tubos de vidrio, las mechas, la aceitera... Un día dicen que subió a limpiar el farol que hay en el puente, puso el cesto sobre el antepecho, yo me salí fuera, y caíme al río.

–¡Y no te ahogaste!

–No, señor, porque caí sobre piedras. ¡Divina Madre de Dios! Dicen que antes de eso era yo muy bonita.



–Sí, indudablemente eras muy bonita –afirmó el forastero, el alma inundada de bondad. –Y todavía lo eres... Pero dime: ¿hace mucho tiempo que vives en las minas?

–Dicen que hace trece años. Dicen que mi madre me recogió después de la caída. Mi padre cayó enfermo, y como mi madre no le quiso asistir, porque era malo, él fue al hospital, donde dicen que se murió. Entonces vino mi madre a trabajar a las minas. Dicen que un día la despidió el jefe porque había bebido mucho aguardiente...

–Y tu madre se fue... Vamos, ya me interesa esa señora. Se fue...

—Se fue a un agujero muy grande que hay allá arriba —dijo Nela, deteniéndose ante el doctor y dando a su voz el tono más patético-, y se metió adentro.

—¡Canario! ¡Vaya un fin lamentable! Supongo que no habrá vuelto a salir.

—No, señor —replicó la chiquilla con naturalidad—. Allí dentro está.

—Después de esa catástrofe, pobre criatura —dijo Golfín con cariño—, has quedado trabajando aquí. Es un trabajo muy penoso el de la minería. Estás teñida del color del mineral; estás raquítica y mal alimentada. Esta vida destruye las naturalezas más robustas.

—No, señor yo no trabajo. Dicen que yo no sirvo ni puedo servir para nada.

—¿De modo que eres una vagabunda?

—No, señor, porque acompaño a Pablo.

—Y ¿quién es Pablo?

—Ese señorito ciego a quien usted encontró en la Terrible. Yo soy su lazarillo desde hace año y medio. Le llevo a todas partes; nos vamos por los campos paseando.

—Parece buen muchacho ese Pablo.

—¡Madre de Dios! Es lo mejor que hay en el mundo. ¡Pobre amito mío! Sin vista tiene él más talento que todos los que ven.

—Dime: y a ti, ¿por qué te llaman la Nela? ¿Qué quiere decir eso?

—Mi madre se llamaba la señá María Canela, pero le decían Nela. Dicen que éste es nombre de perra. Yo me llamo María.

- Mariquita.
- María Nela me llaman, y también la hija de la Canela. Unos me dicen Marianela, y otros nada más que la Nela.
- Y tu amo, ¿te quiere mucho?
- Sí, señor; es muy bueno. Él dice que ve con mis ojos, porque como le llevo a todas partes, y le digo cómo son todas las cosas...
- Todas las cosas que no puede ver –indicó el forastero, muy gustoso de aquel coloquio.
- Sí, señor; yo le digo todo. Él me pregunta cómo es una estrella, y yo se la pinto de tal modo hablando, que para él es lo mismito que si la viera. Yo le explico cómo son las hierbas y las nubes, el cielo, el agua y los relámpagos, las veletas, las mariposas, el humo, los caracoles, el cuerpo y la cara de las personas y de los animales. Yo le digo lo que es feo y lo que es bonito, y así se va enterando de todo.
- Veo que no es flojo tu trabajo.

Benito Pérez Galdós²



² Benito Pérez Galdós. (España 1843-1920), escribió varios artículos periodísticos y en 1897 formó parte de la Real Academia Española. El estreno de su obra de teatro *Electra* (1901) fue un acontecimiento nacional. No le concedieron el Premio Nobel debido a su participación política en el izquierdismo.

Cien años de soledad

(Fragmento)

Años después, en su lecho de agonía, Aureliano Segundo había de recordar la lluviosa tarde de junio en que entró en el dormitorio a conocer a su primer hijo. Aunque era lánguido y llorón, sin ningún rasgo de un Buendía, no tuvo que pensar dos veces para ponerle nombre.

—Se llamará José Arcadio —dijo.

Fernanda del Carpio, la hermosa mujer con quien se había casado el año anterior, estuvo de acuerdo. En cambio Úrsula no pudo ocultar un vago sentimiento de zozobra. En la larga historia de la familia, la tenaz repetición de los nombres le había permitido sacar conclusiones que le parecían terminantes. Mientras los Aurelianos eran retraídos, pero de mentalidad lúcida, los José Arcadio eran impulsivos y emprendedores, pero estaban marcados por un signo trágico. Los únicos casos de clasificación imposible eran los de José Arcadio Segundo y Aureliano Segundo. Fueron tan parecidos y traviosos durante la infancia que ni la propia Santa Sofía de la Piedad podía distinguirlos. El día del bautismo, Amaranta les puso esclavas con sus respectivos nombres y los vistió con ropas de colores distintos marcadas con las iniciales de cada uno, pero cuando empezaron a asistir a la escuela optaron por cambiarse la ropa y las esclavas y por llamarse ellos mismos con los nombres cruzados. El maestro Melchor Escalona, acostumbrado a conocer a José Arcadio Segundo por la camisa verde, perdió los estribos cuando descubrió que éste tenía la esclava de Aureliano Segundo, y que el otro decía llamarse, sin embargo, Aureliano Segundo a pesar de que tenía la camisa blanca y la esclava marcada con el nombre de José Arcadio Segundo. Desde entonces no se sabía con certeza quién era quién. Aun cuando crecieron y la vida los hizo diferentes, Úrsula seguía preguntándose si ellos mismos no habrían cometido un error en algún momento de su intrincado juego de confusiones, y habían quedado

cambiados para siempre. Hasta el principio de la adolescencia fueron dos mecanismos sincrónicos. Despertaban al mismo tiempo, sentían deseos de ir al baño a la misma hora, sufrían los mismos trastornos de salud y hasta soñaban las mismas cosas. En la casa, donde se creía que coordinaban sus actos por el simple deseo de confundir, nadie se dio cuenta de la realidad hasta un día en que Santa Sofía de la Piedad le dio a uno un vaso de limonada, y más tardó en probarlo que el otro en decir que le faltaba azúcar. Santa Sofía de la Piedad, que en efecto había olvidado ponerle azúcar a la limonada, se lo contó a Úrsula. “Así son todos”, dijo ella, sin sorpresa. “Locos de nacimiento”. El tiempo acabó de desordenar las cosas. El que en los juegos de confusión se quedó con el nombre de Aureliano Segundo se volvió monumental como el abuelo, y el que se quedó con el nombre de José Arcadio Segundo se volvió óseo como el coronel, y lo único que conservaron en común fue el aire solitario de la familia. Tal vez fue ese entrecruzamiento de estaturas, nombres y caracteres lo que le hizo sospechar a Úrsula que estaban barajados desde la infancia.

La diferencia decisiva se reveló en plena guerra cuando José Arcadio Segundo le pidió al coronel Gerineldo Márquez que lo llevara a ver los fusilamientos. Contra el parecer de Úrsula, sus deseos fueron satisfechos. Aureliano Segundo, en cambio, se estremeció ante la sola idea de presenciar una ejecución. Prefería la casa. A los doce años le preguntó a Úrsula qué había en el cuarto clausurado. “Papeles”, le contestó ella. “Son los libros de Melquíades y las cosas raras que escribía en sus últimos años”. La respuesta, en vez de tranquilizarlo, aumentó su curiosidad. Insistió tanto, prometió con tanto ahínco no maltratar las cosas, que Úrsula le dio las llaves. Nadie había vuelto a entrar en el cuarto desde que sacaron el cadáver de Melquíades y pusieron en la puerta el candado cuyas piezas se soldaron con la herrumbre. Pero cuando Aureliano Segundo abrió las ventanas entró una luz familiar que parecía acostumbrada a iluminar el



cuarto todos los días, y no había el menor rastro de polvo o telaraña, sino que todo estaba barrido y limpio, mejor barrido y más limpio que el día del entierro, y la tinta no se había secado en el tintero ni el óxido había alterado el brillo de los metales, ni se había extinguido el rescoldo del atañor donde José Arcadio Buendía vaporizó el mercurio. En los anaqueles estaban los libros empastados en una materia acartonada y pálida como la piel humana curtida, y estaban los manuscritos intactos. A pesar del encierro de muchos años, el aire parecía más puro que en el resto de la casa. Todo era tan reciente, que varias semanas después, cuando Úrsula entró al cuarto con un cubo de agua y una escoba para lavar los pisos, no tuvo nada que hacer. Aureliano Segundo estaba abstraído en la lectura de un libro.

Aunque carecía de pastas y el título no aparecía por ninguna parte, el niño gozaba con la historia de una mujer que se sentaba a la mesa y sólo comía granos de arroz que prendía con alfileres, y con la historia del pescador que le pidió prestado a su vecino un plomo para su red y el pescado con que lo recompensó más tarde tenía un diamante en el estómago, y con la lámpara que satisfacía los deseos y las alfombras que volaban. Asombrado, le preguntó a Úrsula si todo aquello era verdad, y ella le contestó que sí, que muchos años antes los gitanos llevaban a Macondo las lámparas maravillosas y las esferas voladoras.

—Lo que pasa —suspiró— es que el mundo se va acabando poco a poco y ya no vienen esas cosas.

Cuando terminó el libro, muchos de cuyos cuentos estaban inconclusos porque faltaban páginas, Aureliano Segundo se dio a la tarea de descifrar los manuscritos. Fue imposible. Las letras parecían ropa puesta a secar en un alambre, y se asemejaban más a la escritura musical que a la literaria. Un mediodía ardiente, mientras escrutaba los manuscritos, sintió que no estaba solo en el cuarto. Contra la reverberación de la ventana, sentado con las manos en las rodillas, estaba Melquíades. No tenía más de cuarenta años. Llevaba el mismo chaleco anacrónico y el sombrero de alas de cuervo, y por sus sienes pálidas chorreaban la

grasa del cabello derretida por el calor, como lo vieron Aureliano y José Arcadio cuando eran niños. Aureliano Segundo lo reconoció de inmediato, porque aquel recuerdo hereditario se había transmitido de generación en generación, y había llegado a él desde la memoria de su abuelo.

–Salud –dijo Aureliano Segundo.

–Salud, joven –dijo Melquíades.

Desde entonces, durante varios años, se vieron casi todas las tardes. Melquíades le hablaba del mundo, trataba de infundirle su vieja sabiduría, pero se negó a traducir los manuscritos. “Nadie debe conocer su sentido mientras no hayan cumplido cien años”, explicó. Aureliano Segundo guardó para siempre el secreto de aquellas entrevistas. En una ocasión sintió que su mundo privado se derrumbaba, porque Úrsula entró en el momento en que Melquíades estaba en el cuarto. Pero ella no lo vio.



–¿Con quién hablas? –le preguntó.

–Con nadie –dijo Aureliano Segundo.

–Así era tu bisabuelo –dijo Úrsula–. También él hablaba solo.

José Arcadio Segundo, mientras tanto, había satisfecho la ilusión de ver un fusilamiento. Por el resto de su vida recordaría el fogonazo lívido de los seis disparos simultáneos y el eco del estampido que se despedazó por los montes, y la sonrisa triste y los ojos perplejos del fusilado, que permaneció erguido mientras la camisa se le empapaba de sangre, y

que seguía sonriendo aun cuando lo desataron del poste y lo metieron en un cajón lleno de cal. “Está vivo”, pensó él. “Lo van a enterrar vivo”. Se impresionó tanto, que desde entonces detestó las prácticas militares y la guerra, no por las ejecuciones sino por la espantosa costumbre de enterrar vivos a los fusilados. Nadie supo entonces en qué momento empezó a tocar las campanas de la torre, y a ayudarle a misa al padre Antonio Isabel, sucesor de El Cachorro, y a cuidar gallos de pelea en el patio de la casa cural. Cuando el coronel Gerineldo Márquez se enteró, lo reprendió duramente por estar aprendiendo oficios repudiados por los liberales. “La cuestión –contestó él –es que a mí me parece que he salido conservador”. Lo creía como si fuera una determinación de la fatalidad. El coronel Gerineldo Márquez, escandalizado, se lo contó a Úrsula.

–Mejor –aprobó ella–. Ojalá se meta de cura, para que Dios entre por fin a esta casa.

Gabriel García Márquez³



³ Gabriel García Márquez, nació en Colombia (1928), *Cien años de soledad* es una de sus principales novelas. Sus obras se han traducido a varios idiomas Esta última es una de las obra literalmente más vendidas, de alcance universal. Obtuvo en Italia el Premio Chianciando, otorgado a la mejor obra novelística. Además, recibió el Premio Nobel de Literatura en 1982.

La caverna

(Fragmento)

El hombre que conduce la camioneta se llama Cipriano Algor, es alfarero de profesión y tiene sesenta y cuatro años, aunque a simple vista aparenta menos edad. El hombre que está sentado a su lado es el yerno, se llama Marcial Gacho, y todavía no ha llegado a los treinta. De todos modos, con la cara que tiene, nadie le echaría tantos. Como ya se habrá reparado, tanto uno como otro llevan pegados al nombre propio unos apellidos insólitos cuyo origen, significado y motivo desconocen. Lo más probable es que se sintieran a disgusto si alguna vez llegaran a saber que algor significa frío intenso del cuerpo, preanuncio de fiebre, y que gacho es la parte del cuello del buey en que se asienta el yugo. El más joven viste de uniforme, pero no está armado. El mayor lleva una chaqueta civil y unos pantalones más o menos conjuntados, usa la camisa sobriamente botonada hasta el cuello, sin corbata. Las manos que manejan el volante son grandes y fuertes, de campesino y, no obstante, quizá por efecto del cotidiano contacto con las suavidades de la arcilla a que le obliga el oficio, prometen sensibilidad. En la mano derecha de Marcial Gacho no hay nada de particular, pero el dorso de la mano izquierda muestra una cicatriz con aspecto de quemadura, una marca en diagonal que va desde la base del pulgar hasta la base del dedo meñique. La camioneta no merece ese nombre, es sólo una furgoneta de tamaño medio, de un modelo pasado de moda, y está cargada de loza. Cuando los dos hombres salieron de casa, veinte kilómetros atrás, el cielo apenas había comenzado a clarear, ahora la mañana ya ha puesto en el mundo luz bastante para que se pueda observar la cicatriz de Marcial Gacho y adivinar la sensibilidad de las manos de Cipriano Algor. Vienen viajando a velocidad reducida a causa de la



fragilidad de la carga y también por la irregularidad del pavimento de la carretera. La entrega de las mercancías no consideradas de primera o segunda necesidad, como es el caso de las lozas bastas, se hace, de acuerdo con los horarios establecidos, a media mañana, y si estos dos hombres madrugaron tanto es porque Marcial Gacho tiene que fichar por lo menos media hora antes de que las puertas del Centro se abran al público. En los días en que no trae al yerno, y tiene piezas para transportar, Cipriano Algor no necesita levantarse tan temprano. Pero siempre es él, de diez en diez días, quien se encarga de ir a buscar a Marcial Gacho al trabajo para que pase con la familia las cuarenta horas de descanso a que tiene derecho, y quien, después, con loza o sin loza en la caja de la furgoneta, puntualmente lo reintegra a sus responsabilidades y obligaciones de guarda interno. La hija de Cipriano Algor, que se llama Marta, de apellidos Isasca, por parte de la madre ya fallecida, y Algor por parte del padre, sólo disfruta de la presencia del marido en la casa y en la cama seis noches y tres días de cada mes. En una de estas noches se quedó embarazada, pero todavía no lo sabe.

La región es fosca, sucia, no merece que la miremos dos veces. Alguien le dio a estas enormes extensiones de apariencia nada campestre el nombre técnico de Cinturón Agrícola, y también, por analogía poética, el de Cinturón Verde, aunque el único paisaje que los ojos consiguen alcanzar a ambos lados de la carretera, cubriendo sin solución de continuidad perceptible muchos millares de hectáreas, son grandes armazones de techo plano, rectangulares, hechos de plástico de un color neutro que el tiempo y las polvaredas, poco a poco, fueron desviando hacia el gris y el pardo. Debajo, fuera de las miradas de quien pasa, crecen plantas. Por caminos secundarios que vienen a dar a la carretera, salen, aquí y allí, camiones y tractores con remolques



cargados de verduras, pero el grueso del transporte se ha efectuado durante la noche, éstos de ahora, o tienen autorización expresa y excepcional para realizar la entrega más tarde, o se quedaron dormidos. Marcial Gacho se subió discretamente la manga izquierda de la chaqueta para mirar el reloj, está preocupado porque el tránsito se torna paulatinamente más denso y porque sabe que de aquí en adelante, cuando entren en el Cinturón Industrial, las dificultades aumentarán.

El suegro notó el gesto, pero se mantuvo callado, este yerno suyo es un joven simpático, sin duda, aunque nervioso, de la raza de los desosegados de nacimiento, siempre inquieto con el paso del tiempo, incluso si lo tiene de sobra, en ese caso nunca parece saber lo que ha de ponerle dentro, dentro del tiempo, se entiende, Cómo será cuando llegue a mi edad, pensó. Dejaron atrás el Cinturón Agrícola, la carretera, ahora más sucia, atraviesa el Cinturón Industrial cortando por entre instalaciones fabriles de todos los tamaños, actividades y hechuras, con depósitos esféricos y cilíndricos de combustible, centrales eléctricas, redes de canalización, conductos de aire, puentes suspendidos, tubos de todos los grosores, unos rojos, otros negros, chimeneas lanzando a la atmósfera borbotones de humos tóxicos, grúas de largos brazos, laboratorios químicos, refinerías de petróleo, olores fétidos, amargos o dulzones, ruidos estridentes de brocas, zumbidos de sierras mecánicas, golpes brutales de martillos pilones, de vez en cuando una zona de silencio, nadie sabe lo que se estará produciendo ahí. Fue entonces cuando Cipriano Algor dijo, No te preocupes, llegaremos a tiempo, No estoy preocupado, respondió el yerno, disimulando mal la inquietud, Ya lo sé, era una manera de hablar, dijo Cipriano Algor. Giró la furgoneta hacia una vía paralela destinada a la circulación local, Vamos a atajar camino por aquí, dijo, si la policía nos pregunta por qué dejamos la carretera, acuérdate de lo que hemos convenido, tenemos un asunto que resolver en una de estas fábricas antes de llegar a la ciudad. Marcial Gacho respiró hondo, cuando el tráfico se complicaba en la carretera, el suegro, más tarde o más pronto, acababa tomando un desvío. Lo que le angustiaba era la

posibilidad de que se distrajese y la decisión llegase demasiado tarde. Felizmente, pese a los temores y los avisos, nunca les había parado la policía, Alguna vez se convencerá de que ya no soy un muchacho, pensó Marcial, que no tiene que estar recordándome todas las veces esto de los asuntos que resolver en las fábricas. No imaginaban, ni uno ni otro, que fuese precisamente el uniforme de guarda del Centro que enfundaba Marcial Gacho el motivo de la continuada tolerancia o de la benévola indiferencia de la policía de tráfico, que no era simple resultado de causalidades múltiples o de obstinada suerte, como probablemente hubieran respondido si les preguntasen por qué razón creían ellos que no habían sido multados hasta el momento. La conociera Marcial Gacho, y tal vez hubiera hecho valer ante el suegro el peso de la autoridad que el uniforme le confería, la conociera Cipriano Algor, y tal vez le hubiera hablado al yerno con menos irónica condescendencia. Buena verdad es que ni la juventud sabe lo que puede, ni la vejez puede lo que sabe.



⁴ José Saramago nació en Portugal (1922), es uno de los novelistas portugueses más conocidos y apreciados en el mundo entero. Trabajó como traductor, asesor editorial, corrector y periodista. En 1998 obtuvo el Premio Nobel de Literatura, es el primer portugués en conseguirlo.

Los de abajo

(Fragmento)

III

Entre las malezas de la sierra durmieron los veinticinco hombres de Demetrio Macías, hasta que la señal del cuerno los hizo despertar. Pancracio la daba de lo alto de un risco de la montaña.

—¡Hora sí, muchachos, pónganse changos! —dijo Anastasio Montañés, reconociendo los muelles de su rifle.

Pero transcurrió una hora sin que se oyera más que el canto de las cigarras en el herbazal y el croar de las ranas en los baches.

Cuando los albores de la luna se esfumaron en la faja débilmente rosada de la aurora, se destacó la primera silueta de un soldado en el filo más alto de la vereda. Y tras él aparecieron otros, y otros de la vereda. Y tras él aparecieron otros, y otros diez, y otros cien, pero todos en breve se perdían en las sombras. Asomaron los fulgores del sol, y hasta entonces pudo verse el despeñadero cubierto de gente: hombres diminutos en caballos de miniatura.

—¡Mírenlos qué bonitos! —exclamó Pancracio —¡Anden, muchachos, vamos a jugar con ellos!



Aquellas figuritas movedizas, ora se perdían en la espesura del chaparral, ora negreaban más abajo sobre el ocre de las peñas. Indistintamente se oían las voces de jefes y soldados. Demetrio hizo una señal: crujieron los muelles y los resortes de los fusiles.

—¡Hora! —ordenó con voz apagada.

Veintiún hombres dispararon a un tiempo, y otros tantos federales cayeron de sus caballos. Los demás, sorprendidos, permanecían inmóviles, como bajorrelieves de las peñas.

Una nueva descarga, y otros veintiún hombres rodaron de roca en roca, con el cráneo abierto.

—¡Salgan, bandidos!.. ¡Muertos de hambre!

—¡Mueran los ladrones nixtamaleros!...

—¡Mueran los comevacas!...

Los federales gritaban a los enemigos, que, ocultos, quietos y callados, se contentaban con seguir haciendo gala de una puntería que ya los había hecho famosos.

—¡Mira, Pancraccio —dijo el Meco, un individuo que sólo en los ojos y en los dientes tenía algo de blanco—; ésta es para el que va a pasar detrás de aquel pitayo!... ¡Hijo de...! ¡Toma!... ¡En la pura calabaza! ¿Viste?... Hora pal que viene en el caballo tordillo... ¡Abajo, pelón!...

—Yo voy a darle una bañada al que va horita por el filo de la vereda... Si no llegas al río, mocho infeliz, no quedas lejos... ¿Qué tal?... ¿Lo viste?...

—¡Hombre, Anastasio, no seas malo!... Empréstame tu carabina... ¡Ándale, un tiro no más!...

El Manteca, la Codorniz y los demás que no tenían armas las solicitaban, pedían como una gracia suprema que les dejaran hacer un tiro siquiera.

–¡Asómense si son tan hombres!

–Saquen la cabeza... ¡hilachos piojosos!

De montaña a montaña los gritos se oían tan claros como de una acera a la del frente.

La Codorniz surgió de improviso, en cueros, con los calzones tendidos en actitud de torear a los federales. Entonces comenzó la lluvia de proyectiles sobre la gente de Demetrio.

–¡Huy! ¡Huy! Parece que me echaron un panal de moscos en la cabeza

–dijo Anastasio Montañés, ya tendido entre las rocas y sin atreverse a levantar los ojos.

–¡Codorniz, jijo de un...! ¡Hora adonde les dije! –rugió Demetrio.

Y, arrastrándose, tomaron nuevas posiciones. Los federales comenzaron a gritar su triunfo y hacían cesar el fuego, cuando una nueva granizada de balas los desconcertó.



—¡Ya llegaron más! —clamaban los soldados.

Y presa de pánico, muchos volvieron grupas resueltamente, otros abandonaron las caballerías y se encaramaron, buscando refugio, entre las peñas. Fue preciso que los jefes hicieran fuego sobre los fugitivos para restablecer el orden.

—A los de abajo... A los de abajo —exclamó Demetrio, tendiendo su treinta-treinta hacia el hilo cristalino del río.

Un federal cayó en las mismas aguas, e indefectiblemente siguieron cayendo uno a uno a cada nuevo disparo. Pero sólo él tiraba hacia el río, y por cada uno de los que mataba, ascendían intactos diez o veinte a la otra vertiente.

—A los de abajo... A los de abajo —siguió gritando encolerizado.

Los compañeros se prestaban ahora sus armas, y haciendo blancos cruzaban sendas apuestas.



–Mi cinturón de cuero si no le pego en la cabeza al del caballo prieto. Préstame tu rifle, Meco...

–Veinte tiros de máuser y media vara de chorizo porque me dejes tumbar al de la potranca mora... bueno... ¡Ahora!... ¿Viste qué salto dio?... ¡Como venado!...

–¡No corran, mochos!... Vengan a conocer a su padre Demetrio Macías...

Ahora de éstos partían las injurias. Gritaba Pancraccio, alargando su cara lampiña, inmutable como piedra, y gritaba el Manteca, contrayendo las cuerdas de su cuello y estirando las líneas de su rostro de ojos torvos de asesino.

Demetrio siguió tirando y advirtiendo del grave peligro a los otros pero éstos no repararon en su voz desesperada sino hasta que sintieron el chicoteo de las balas por uno de los flancos.

–¡Ya me quemaron! –gritó Demetrio, y rechinó los dientes-. ¡Hijos de...!

Y con prontitud se dejó resbalar hacia un barranco.

Mariano Azuela⁵

⁵ Mariano Azuela nació en México (1873-1953), fue médico en una de las facciones durante la Revolución Mexicana, de ahí que algunas de sus más notables obras literarias estén inspiradas por aquellos hechos de armas. En 1949 recibió el Premio Nacional de Literatura.

► Elija uno de los fragmentos de novela y conteste.

¿Qué le pareció el fragmento de novela que leyó?

¿Cómo imaginó el lugar en donde se desarrolla la historia?

¿Qué otra cosa le interesaría saber de la historia que usted leyó?

► Analice el fragmento de novela con base en las siguientes preguntas.

¿Cuál o cuáles fragmentos de novela leyó? Escriba el o los títulos.

¿Qué parte de la historia cree usted que fue la que leyó: principio, final, etcétera? ¿Por qué?

¿Cómo cree que continúe la historia a partir de lo que usted leyó?

¿Qué tipo de lenguaje se utiliza en la historia: sencillo, culto, arcaico o antiguo? Dé ejemplos.

¿Cuántos personajes aparecieron o fueron nombrados en el fragmento que leyó? ¿Cuáles?

¿Encuentra usted alguna relación entre lo que leyó y su vida? Por ejemplo, ¿se sintió identificado con alguno de los personajes?

- ▶ Observe cómo estas preguntas le permiten reflexionar sobre su lectura. Es conveniente que cuando usted lea novelas de manera independiente, se haga preguntas que le ayuden a reflexionar sobre lo que leyó.
- ▶ Reflexione.

¿Qué le parecería leer una novela completa? Pregunte a sus conocidos quién ha leído alguna que pudiera ser interesante. Por lo pronto, aquí le recomendamos:

Thais de Anatole France

El albergue de las mujeres tristes de Marcela Serrano

Guerra en el paraíso de Carlos Montemayor

También puede consultar las novelas que se encuentran en las Plazas comunitarias como las siguientes:

La vuelta al mundo en 80 días de Julio Verne

Los viajes de Gulliver de Jonathan Swift

- ▶ Vaya al Libro del adulto y resuelva las actividades correspondientes al tema 4 de la Unidad 3.
- ▶ Después de haber realizado el o los juegos correspondientes a la novela, reflexione acerca de sus características. Conteste.

Escriba su propia definición del género novela.

¿Cuáles son los elementos principales que se deben considerar en una novela?

¿Cuál consideraría la característica principal de la novela, con respecto al cuento?

▶ Lea lo siguiente.

En una novela es muy importante dar los mayores detalles posibles, es decir, describir cómo son los personajes y los lugares, cómo se siente el ambiente en el que se desarrollan las acciones, qué acontecimientos nos permiten ubicar la historia en una época determinada, entre otros.

▶ Intente escribir una novela. Pareciera una tarea difícil, pero muchas veces al comenzar a escribir es imposible detenerse. Siga los pasos que le guiarán para la construcción de su propia novela. Dicen por allí que “cada vida merece una novela”, así que una posibilidad es que usted escriba la novela de su propia vida. Después de todo, muchos autores conocidos, incluyen aspectos autobiográficos en sus relatos.

- Sobre qué tema le gustaría escribir. Puede ser de la vida misma, recuerde los diferentes ambientes que la novela puede dar.

- Describa a los personajes que le gustaría incluir. Éste es un plan que apenas comienza. A partir de los principales, surgirán otros que darán vida a la historia.

- Escriba en qué ambiente le gustaría que se desarrollara su historia. Si es necesario, repase el tema 4 de la Unidad 3 donde se encuentran estos datos.

- Escriba los lugares donde le gustaría que la historia se desarrolle. Piense en sitios públicos, casas, museos, parques o lugares imaginarios como castillos, bosques, mundos lejanos.

- ¿Se imagina cómo terminará su historia? Si no lo tiene considerado, no conteste esta pregunta, con el desarrollo de la trama encontrará la mejor manera de terminar su texto.

- Comience a escribir. Puede ayudarle empezar por describir uno de los lugares (o el único) donde se desarrollará la historia, mencione todo: cómo es, a qué huele, qué tipo de luz hay, registre hasta el mínimo detalle.
- También puede comenzar por describir a uno de los personajes. Exprese cómo es su físico, su estado de ánimo, dónde se encuentra, cómo está: sentado, parado, acostado, qué es lo que ve, qué es lo que piensa o lo que dice.
- Puede expresar o no, la historia con diálogos, ésa es su decisión, ya que usted es el autor y el que decidirá, si existirá un narrador, que describirá todos los hechos o el propio personaje de la historia lo hará.

- ▶ Ahora relea su texto. ¿Qué le parece? ¿Cree que va quedando claro lo que usted quiere contar? Siga adelante, relea y rescriba, para que su texto vaya mejorando gradualmente, de manera que vaya logrando que sea claro y ameno.
- ▶ Comparta su fragmento con otras personas, ya sea que lo lea usted en voz alta o que lo haga otra persona. Puede ser un familiar, asesor o amistad. Reciba las opiniones de esas personas, siempre serán en beneficio de su escritura.
- ▶ Regrese al Libro del adulto para concluir la Unidad 3.

